

Atisbos de Venezuela

Adolfo Castañón

Erudición y emoción suelen ser sinónimos: la riqueza y variedad de la literatura venezolana y sus figuras aparecen en estos atisbos de Adolfo Castañón a través de estampas, crónicas y memorias, anticipo del libro Venezuela entrevista de próxima publicación.

ENTRADA

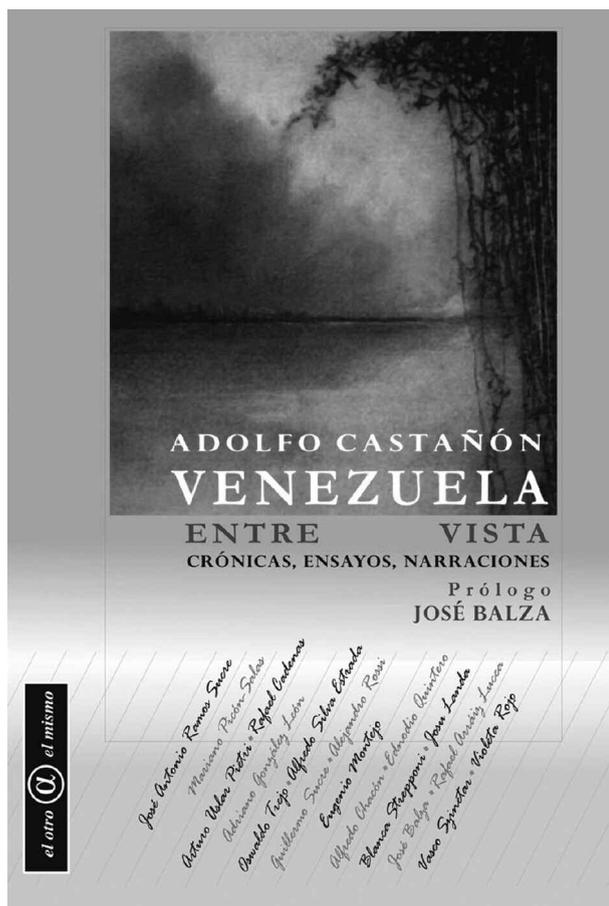
Venezuela entrevista reúne una serie de papeles, a veces críticos, a veces narrativos, a veces noticiosos y cronistas que el autor ha ido escribiendo a lo largo de los años. Es un libro inspirado por la religión de la amistad y va dedicado a Alejandro Rossi, maestro, amigo, escritor y lector de la más pura raza. En espaciosas conversaciones alzadas de tarde en tarde durante largos años mientras iba declinando la luz y la oscuridad empezaba a campear entre la fronda de un jardín húmedo de asociaciones, el autor de *El manual del distraído* iba dejando caer, como al paso, nombres de personas, obras, lugares, fechas y fichas de México y el mundo pero en particular de la Patria Grande en que está inscrita esa Venezuela donde había nacido su madre y sus antepasados hasta alcanzar al hazañoso general José Antonio Páez, coetáneo y compañero de armas de Simón Bolívar.

En 1989, viajé por vez primera a América del Sur, a Venezuela en particular y conocí la ciudad de Caracas acompañando al escritor Enrique González Pedrero —a la sazón director del Fondo de Cultura Económica— y a su esposa, la escritora cubano-mexicana Julieta Campos. En ese viaje iba además Mauricio Merino Huerta quien luego sería consejero del Instituto Federal Electoral en el periodo de José Woldenberg. Recuerdo que en los jardines del hotel Tamanaco conversamos animadamente con Guillermo Sucre, María

Fernanda Palacios, Rafael Cadenas, José Balza y Eugenio Montejo. De esa conversación guardo todavía un eco entusiasta y algo en las voces de aquellos amigos capaces de suscitar —o mejor, de resucitar— dentro de mi cuerpo el amor del diálogo.

Durante ese viaje, aproveché para hacer una suerte de peregrinación laica y visitar en un largo fin de semana y sustentado por mis propios medios la ciudad venezolana de Mérida, cuna del eminente Mariano Picón-Salas, ensayista y amigo de Alfonso Reyes. Si en Caracas yo conocía —por re o por fa— alguna gente relacionada con la editorial —como a Pedro Tucac y su esposa Roberta, representantes del Fondo en aquellos pagos, o como a Juan Nuño y su lección crítica en *La filosofía de Borges*, entre otros muchos libros certeros—, en Mérida yo no conocía a nadie, salvo al reverenciado pero ausente autor de *De la Conquista a la Independencia*, Mariano Picón-Salas. ¡Quién me iba a decir que, al regresar de ese viaje relampagueante y vertiginoso como Eolo, y que apenas duró tres días, regresaría yo investido de la amistad y acompañado de los libros de Ramón Palomares, Armando Rojas Guardia y Arnaldo Costa Bello!

Algo —¿sería el espíritu de la pequeña Venecia?—, me había llevado hacia ellos, como años después ese algo u otro me llevaría a afinar la amistad con Katyna Henríquez Consalvi, Violeta Rojo, Ednodio Quintero, Alfredo Briceño Guerrero, Alfredo Chacón, Oswaldo Trejo, María Ramírez Ribes y Rafael Arráiz.



Al regresar de Mérida a Caracas, empezaron a venir hacia mí recuerdos dispersos de la infancia, la portada y las imágenes de un libro de arquitectura que daba cuenta de la modernidad de Caracas a mediados de los años cincuenta; la primera edición de aquella publicación bochornosa —según supe después— de la novela de Camilo José Cela, escrita por encargo y titulada *La catira* a la que recientemente otro venezolano amigo, Gustavo Guerrero, ha dedicado su libro: *Historia de un encargo*; las portadas de colores de la antigua *Revista Nacional de Cultura*, dirigida alguna vez por Mariano Picón-Salas y luego por el poeta y profeta, amigo de Octavio Paz, Juan Liscano; los versos tumultuosos y no eléctricos, sino electrocutados del poeta Rafael José Muñoz, publicados por el mismo Liscano en las ediciones de Zona Franca; el eco presentido de Francisco de Miranda cuyo *Diario* y papeles completos habría de adquirir años después en la Gran Pulpería del Libro animada por el legendario y leyente Rafael Castellanos; los nombres de Rufino Blanco Fombona, de Juan Antonio Pérez Bonalde, de Rómulo Gallegos; los números sueltos de *El cojo ilustrado* que pululaban en el desorden acucioso de aquella insondable biblioteca que fue acumulando con los años mi padre, el noble lector e historiador, Jesús Castañón Rodríguez.

Cuando regresé a Caracas desde la alta Mérida en aquel verano de 1998, tuve la certidumbre de que regresaría muchas veces —con el cuerpo físico o con el

sueño— a esos lugares. Así fue. Hice a partir de entonces viajes y viajes a Venezuela. Hojeando mis pasaportes viejos, estimo unos diez; ojeando mis agendas y las estanterías de mi biblioteca, me topo con los nombres de Violeta Rojo, Edda Armas, Esdras Parra, Alfredo Chacón, José Balza, Camila Pulgar Machado, Susana Bencko, Carlos Noguera, Rafael Arraiz, Humberto Mata, Sonia Chocrón, Rafael Castillo Zapata, Gustavo Guerrero, Alexis Márquez Rodríguez, Cristián Álvarez, Milagros Mata Gil, Estefanía Mosca (+), Carmen Verde, Enrique Hernández de Jesús, Gustavo Luis Carrera, Arturo Uslar Pietri, Vasco Zsinetar, Santos López, Víctor Bravo, Gregory Zambrano y muchos otros rostros sin nombre y voces sin apellido que se me van como agua entre los dedos de arena de la memoria y van quedando en la olvidadiza tinta de la amnesia.

No sabría decir qué puede significar para otros la enumeración caótica de estos recuerdos entrañados en mi seno. Apenas si puedo expresar que han sido disparados por la cálida invitación de Víctor Bravo para publicar un libro en su editorial El otro el mismo, como un eco de la antología, publicada por esta editorial, que a través de Eugenio Montejo y de mí, hizo la Inmaculada Concepción, pues cada acto de lectura verdadera engendra.

Que Dios y las estrellas que guardan a América les den a todos larga vida en la tierra y en la memoria.

ARTURO USLAR PIETRI

Entre lanzas

El nombre de Arturo Uslar Pietri me fue conocido desde la infancia. Era sinónimo de letras americanas, un “ábrete sésamo” de los secretos que descansan sepultados entre los pliegues de las antiguas banderas olvidadas.

Cuando lo conocí personalmente, hacia principios de los años noventa, ya estaba quitando la bota del estribo. Casi no veía y se movía con alguna dificultad, pero con indudable precisión en aquel enorme pozo de papeles, libros y mapas que era el salón de su casa. Era, lo había sido siempre, un hombre polémico. No le había tenido miedo a dar un mordisco a la manzana —a veces agusanada— de la política, y se había resignado a pasar por el mundo venezolano e hispanoamericano como un Adán desterrado que tenía conciencia del Edén y que, secretamente, conocía el nombre secreto —el nombre antiguo— de cada piedra, planta o animal en la Carpa Geodésica que convinimos en llamar Hispanoamérica. Físicamente, era un alto varón estirado y alguna vez flaco que parecía un viejo cocodrilo perezoso y feroz, moviéndose con eficacia sangrienta en las aguas verdosas del pantano histórico y político

latinoamericano. Por supuesto, había cambiado de piel varias veces y en su obra periodística, histórica y literaria (ésta sin duda la más importante) se notaban las cicatrices de aquellas batallas sostenidas contra el cielo, la tierra y el agua. Acaso sus proferimientos públicos y políticos ya anunciaban, como el relente que se desprende de las fauces del saurio, los episodios del cesarismo en la nueva edad bolivariana tanto como las llagas de aquella lepra casi incurable que enferma al escritor latinoamericano: la tentación del poder, la seducción a la postre amarga de imaginarse redentor.

Representaba una de esas figuras totémicas de las letras y hombres de la patria grande: un palo alto de mucho vivir, minuciosamente labrado en cuyos dibujos se podía leer el pasado y el porvenir de nuestras trémulas tierras. Con estas ideas, entre vigorosas y vagabundas, me acerqué a él para plantear, a nombre del Fondo de Cultura Económica, la idea de armar una analecta de su obra. Lo singular del proyecto consistía en que, de un lado, aquella silva de varia lección debía recoger los diversos géneros literarios —cuento, novela, ensayo, teatro, artículos, conferencias— que él hubiese practicado a lo largo de su longevidad escrita. Del otro, la selección debía constituirse en una suerte de panorama histórico cronológico capaz de dar cuenta de la historia de América, así en lo político como en lo cultural. Esta idea, en realidad no exenta de pomposas bombas e imbuida de un gaseoso didactismo, le entusias mó. Me propuso de inmediato el nombre de un editor-lector-sastre capaz de urdir aquella trama que debía tejerse destejendo previamente sus libros. Gustavo Luis Carrera —hermano del historiador y diplomático Germán Carrera Damas— fue el nombre que me propuso, y éste fue el origen del libro *La invención de América mestiza*,¹ que muchos años después y luego de muchas visitas al doctor Uslar —nombre por cierto que tenía, para mi oído, la resonancia torpe de la palabra húsar y al que yo confería un falso vidrioso épico— fue publicado por aquella editorial de enigmático nombre, en la cual él mismo había editado muchos años antes su libro *Letras y hombres de Venezuela*.²

LA PREGUNTA DE OSWALDO TREJO

Oswaldo Trejo (1928) se parecía a José Bianco. Es decir, era delgado, elegante y de nariz recta, casi aguilena. Gestos vivos y lengua de víbora y de terciopelo. Era elegante y desplegaba en su trato una afabilidad gracioso

¹Arturo Uslar Pietri, *La invención de América mestiza*, Fondo de Cultura Económica, México, 1996.

²Arturo Uslar Pietri, *Letras y hombres de Venezuela*, Fondo de Cultura Económica, México, 1948, 179 pp.



© Luis Gal

sa y eficaz que justificaría aquella sentencia: *la courtoisie est une fleur fine de la charité*. Su amabilidad y afabilidad podrían ser descifradas como manifestaciones de su inteligencia. Era pícaro y dicharachero. Cuando lo conocí él trabajaba en la Fundación Ayacucho. Ahí lo pude ver varias veces —pues irlo a visitar se convirtió para mí en un ritual de cada viaje a Caracas. Comprobé en esas visitas que Oswaldo Trejo era un *gentleman* pero también un lector, un editor avezado con un sentido incisivo y sensitivo de la lengua. Oswaldo Trejo era un narrador nato: cualquier minucia se convertía en sus labios en relato y novela. Quizá por esta facilidad y espontaneidad naturales del *raconteur* latinoamericano, Oswaldo Trejo se entregó con tanta gracia al ejercicio de des-contar y des-articular el relato y las narrativas miméticas y naturalistas. Es cierto que era pudoroso: pero no tanto como para no contarme un poco su vida, sus comienzos de muchacho pobre y ambicioso obligado a re-escribir la novela picaresca con su propio cuerpo. Hombre educado en la lectura de las revistas *Sur* y *Orígenes* Oswaldo era un caso singular de príncipe y pícaro, de *gentleman* y subversivo. Es conocida la vocación experimental, radical de Oswaldo Trejo. Habrá que aclarar que su juego es un juego blanco y que no confunde disidencia con perversidad.

La obra de Trejo parece excéntrica si se le contrasta con la literatura narrativa de su país —como hace por ejemplo Julio Ortega. Sin embargo, si se recuerda que



muchos de los amigos de Trejo eran poetas y que no era poca su erudición en temas de la poesía y lírica hispánicas e hispanoamericanas, se explicará mejor su perfil. Si la obra de Trejo aparece como un ejemplo del experimentalismo y la excentricidad narrativas, quizás una manera de abrir su lectura a otros horizontes sea la de leerlo en el marco de la historia de la poesía (por ejemplo asociándolo a Julio Herrera o a Oliverio Gironde) y en ese umbral de la prosa poética o de la poesía ensayada cuyo mejor emblema es Julio Cortázar.

Quizá la obra de Oswaldo Trejo está por ser descubierta. Primero porque quizás hay que leerla con nuevos ojos y *con nuevos oídos* pues la literatura de Trejo está escrita —al igual que la de Joyce— para ser oída, mirada con el yunque y el martillo auricular. Y hay que leerla para divertirse: despedazándola a ella misma como ella despedaza al lenguaje en lugar de ritualizarla. El otro futuro de la obra de Trejo es estrictamente editorial. Sabemos que dejó no pocos cuadernos y diarios. ¿Cómo relatará el día, el *pane lucrando*, la vida literaria hispanoamericana este barroco enamorado del menoscabo y la fiesta irónica? Pero la obra de Trejo es sobre todo significativa por las preguntas que su obra suscita en torno al canon de la literatura hispanoamericana: ¿cuáles son los libros en que está fundada la ciudad literaria hispanoamericana? ¿Qué significan aquí, hoy esos textos? ¿La obra de Oswaldo Trejo no suscita también una pregunta en torno al lector y a la lectura en nuestra América? ¿Escribimos para que nos descifren los profesores de Europa y los Estados Unidos o escribimos para contagiar a los otros el escozor de la lectura? La obra y la persona de Oswaldo Trejo suscitan en el invitado una inexplicable complicidad enemiga de la bobería y la literalidad.

ALFREDO CHACÓN

Rumbo al saber de los intersticios

El hombre, dice Pascal, es un junco pensativo: *l'homme est un roseau pensant*. Recuerdo esta voz al pensar en el escritor Alfredo Chacón, poeta, antropólogo, crítico de arte, espectador de la vida literaria y artística de Venezuela a través de artículos y ensayos.³

Espigado y aéreo, suave y de modos como urdidos en terciopelo, Alfredo Chacón despertó muy temprano a la vida de las letras o entre las letras. Su ingénita delicadeza, como de jirafa que sólo se alimenta de brotes novísimos y retoños recientes, le ha permitido esquivar cómodamente los rótulos y etiquetas que, en otros casos, lo hubiesen llevado a ser fácilmente confundido con un polígrafo o bien con un hombre de letras, pero estas etiquetas, aunque honrosas, no le ajustan. Alfredo Chacón es demasiado fluido y libre, como una gota de mercurio, no se deja prender entre los dedos de la definición improvisada. Pero, al igual que el mercurio, está Chacón siempre dispuesto a la alianza y la amalgama, y sus terrenos son los espacios transversales, el saber de los intersticios y el conocimiento interdisciplinario.

No quiere ello decir que no haya sido capaz de una obra rigurosa, pero se le conoce mejor en los ecos del

³ Alfredo Chacón es autor en poesía de: “Saloma”, “Entre afueras y centros”, “Materia bruta”, “Actos personales”, “Acta del presagio”, “Decir como es deseado”, “Palabras asaltantes”, “Y todo lo demás”, “Por decir así”, entre otras varias. En prosa y antologías temáticas es autor de: “Curiepe” en *Ensayos de crítica cultural* (1964-1981), *La pasión literaria* (1959-1985), “La voz y la palabra” en *Lecturas de poesía venezolana* (1958-1968), *Poesía y poética del Grupo Orígenes* (selección, prólogo, cronología y bibliografía). En 2005 se publicaron tres volúmenes suyos: *Lectura de poesía*, *Cuatro décadas de crítica cultural* y *La pasión literaria*.

diálogo, y en el transvase de las sustancias que su mortero sensitivo e intelectual sabe comunicar. Disuelve y coagula, cataliza, precipita, y por ahí ya se pueden empezar a deshebrar sus virtudes —una de ellas, la velocidad; otra la generosidad y la llaneza humana, salpicada invariablemente por la espuma leve del buen humor. En cierto modo, en él se comprendían algunas de las cualidades que se hacen humanidad y se hacen letra a partir de Venezuela como una condición o cifra ética.

Un junco pensativo, decía del hombre Pascal, y acaso quería decir con esa expresión que el hombre es como una caña que sabe rezar. Pensando en Alfredo Chacón con estas constelaciones en mente, me digo que la oración que practica —él, un intelectual laico y agnóstico— es como aquella que Denis de Rougemont tenía en mente cuando hablaba de “pensar con las manos”, pues en última instancia, Alfredo Chacón aflo- ra en el paisaje de Venezuela como un hombre hecho para el arte, alguien que ha sabido cultivar en sí, a lo largo de sus días y de sus lunas, con limpio desinterés, una educación estética.⁴

LA HORA DE EDNODIO QUINTERO

Como una pantera de la prosa o un lince del relato breve, anda Ednodio Quintero por el páramo de nuestras letras —de Venezuela a la Ciudad de México, de Costa Rica a la Tierra del Fuego— con sigilosa y circunspecta medida, listo a saltar sobre su presa —el fulgor instantáneo— cuando menos se piensa.

La hora de Ednodio Quintero no es el mediodía ni la alta noche sino esa raya fugaz en el agua del tiempo que es la aurora —el instante anterior al despertar de la luz— o el crepúsculo que devora en su deslumbrante infinitud grisácea al perro y al lobo.

Esa hora de Quintero es una raya trémula como la de la piel del tigre que lo habita. El ritmo, el variable soplo del síncope y la diástole de la frase corta que va pelando el cuerpo del lenguaje hasta hacerlo transparente es una de las características de este narrador en quien, bajo la epidermis cosmopolita de Samuel Beckett o Junichiro Tanizaki, palpita el corazón de la vieja fábula andina, el cuento altivo del narrador ávido de ascender su cordillera interior, secretamente armado de la prosa de Picón-Salas —nativo como el de la altiva Mérida— o del cuentista llanero que fue Ró-

mulo Gallegos. No en balde, antes de poder dedicarse plenamente a la escritura, Ednodio Quintero se ganó la vida como ingeniero forestal en los bosques andinos. Y ahí me lo imagino, en la soledad umbría y húmeda de la floresta, masticando el aire y rumiando con lentitud aplicada los secretos del bosque viejo, el antiguo combate del viento estremecido sobre la desnuda roca.

Una poesía silente y pegajosa fluye de este narrador imperturbable que sabe acechar con su cara de indio navajo sobre la tierra *La danza del jaguar*,⁵ y descifrar en sus pasos alfombrados el pulso vivaz del caos en busca de una forma para su intemperie.

VASCO SZINETAR

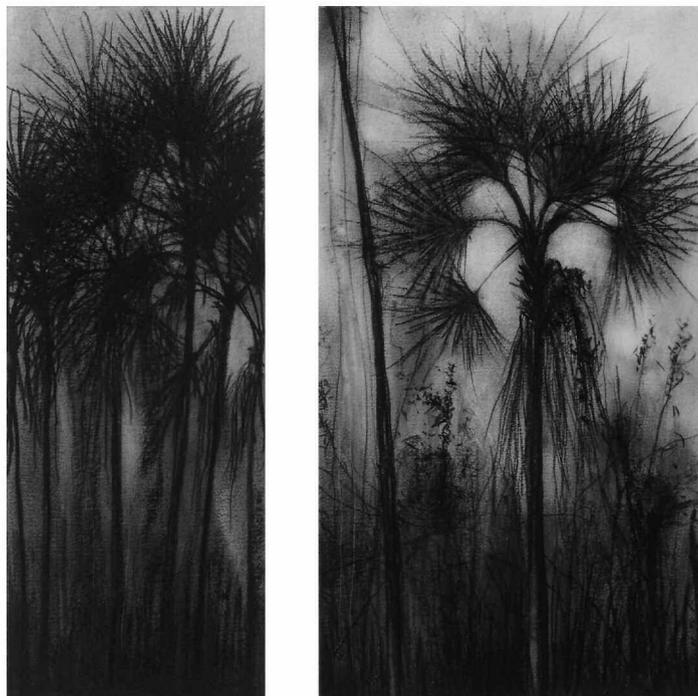
Una tradición inveterada y muda dice con señas en su alfabeto de mímica, gestos, tactos y olores, que sólo hay una luz: la que emana de cada rostro, la que cada cara irradia, la que retrata cada mirada en la miniatura de su niña. Este saber del arco iris humano le fue revelado, cuando era muy joven, casi niño, al fotógrafo venezolano Vasco Szinetar.

Al igual que la luz, Vasco no sabe estarse quieto y todo —o más bien a todos— lo envuelve y devora. La cámara fotográfica no es en él un accesorio accidental ni siquiera una prótesis más o menos adaptada. Se extiende como un tentáculo, se estira como una pata, se alarga como la cola de un simpático simio gramático que sabe columpiarse en la sintaxis de la luz, entre la urdimbre de los rostros que va registrando con su rauda lente. Vasco Szinetar anda a toda prisa como una ardilla que se da sombra con su propia cola, consumiendo rollos vírgenes, colmando tarjetas electrónicas, como si fuese él mismo un proyector portátil y un ángel ambulante de la luz.

Le gusta estar en todas partes, tal vez por eso se inclina a retratar a sus pasajeros testigos entre grandes espejos. No, no es que tenga oficio: parece que está cumpliendo una misión inverosímil a orillas del olvido o emprendiendo una cruzada, peleando una guerra santa contra lo oscuro. Primero, tratando a la persona, luego retratando esos destellos de la luz que son las fisonomías, los rostros que él va fijando en sus rollos y tarjetas de memoria —entre *zoom* y gran angular— como quien anduviera llevando a la vista de todos un cuaderno electivo, una agenda celular y presintiera, en cada fotografía tomada, un radio-localizador de la luz

⁴ Alfredo Chacón, *Por decir así*, obra pictórica de Ángel Looch-karrt, Común Presencia Editores, Bogotá, 2003, 51 pp. *Y todo lo demás*, Monte Ávila Editores, Caracas, 2004, 91 pp. *Se solicita pensamiento para esta realidad. Lecturas de poesía. Cuatro décadas de crítica cultural y La pasión literaria*, Oscar Todtmann Editores, Caracas, 2005.

⁵ Ednodio Quintero, *La danza del jaguar*, Editorial Monte Ávila, Caracas, 1991.



inmemorial hecha semblante. Así va cumpliendo una misión misteriosa, verificándola como un pacto sagrado entre la enciclopedia, el periodismo, el arte, el juego, redactando con la luz entrevista, entre los rostros, como quien va a pasar en limpio y poner en un álbum las actas del Juicio Final donde conviven todas las facetas de la luz: los poetas y los pintores, los escritores y los filósofos, los arquitectos, los dramaturgos, los escultores y alguna que otra vez la niña farándula. Su estilo es transparente, no hay trampa aparente ni truco en ése su juego que es yugo, que es matrimonio con la luz que va irradiando cada semblante transfigurado en semblanza. Este activismo de la luz tiene, desde luego, su cara oculta en las horas de desvelo y oculta la organización donde el cazador se fija y se transforma en celoso curador de su harén de imágenes, indisciplinado, bibliotecario, ente que cataloga con ciencia claro-oscura muestras recogidas para enriquecer esa velada farmacia trascendental que en última instancia lo sostiene y alimenta.

LA SECRETA LEVADURA DE JOSU LANDA

Ascético y con alma de cadmio, Josu Landa es un poeta que sabe hacer el pan que se come con sus propias manos. A su obra poética, la protege y envuelve un cuerpo ensayístico. Acaso este impulso teórico, la avidez de pensar lo que se hace y aprender a mirarse del

otro lado del espejo le vengan de ese obstinado pueblo vasco que ha logrado conservar, en medio de la historia, el progreso, las cruzadas, la guerra civil, la invasión napoleónica, ETA Batasuna, su propio idioma. En su impulso teórico, discernio un movimiento cumplido hacia o desde la traducción. Y no es gratuito que Josu Landa haya sabido dar realidad a una empresa no exenta de cierta excentricidad: la de trasladar al idioma vasco el alto poema de Octavio Paz *Piedra de sol*.⁶ Esa traducción, a su vez, no ha sido gratuita pues en la propia obra del poeta venezolano-vascomexicano se advierten huellas del aliento vehemente y contenido, caudaloso y musicalmente gobernado que atraviesa con precisión de calendario el poema del mexicano.

Parece cumplirse en la figura de Josu Landa ese anuncio ecuménico de la cultura ibérica trasladada al otro lado del Atlántico. Anuncio cosmopolita y a la par armónico, la figura de Josu Landa se asocia en el orbe de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM en la Ciudad de México, a la regencia de la Cátedra Simón Bolívar que él ha venido animando con pasión y consistencia a lo largo de los años. Por algo Josu Landa es uno de los contados poetas que se nutre —y nos nutre— del pan que saben fabricar sus manos rústicas de campesino y marinero cuyos antepasados na-

⁶ Octavio Paz, *Piedra de sol*, edición bilingüe, traducción de Josu Landa, Instituto Vasco-Mexicano de Desarrollo, Ministerio de Cultura del Gobierno Vasco, México, 1997, 53 pp.

cieron en las costas y montañas del país vasco y pasaron a Venezuela antes de tocar las tierras del continente mexicano.

BREVE RELACIÓN DE UN PINTOR MEXICANO
QUE SE REENCONTRÓ A SÍ MISMO EN VENEZUELA

Luis Gal es el nombre artístico —*nom de plume*— de un mexicano singular, es decir dos veces mexicano, artista por partida doble. De niño, Luis nacido en 1954, pasó varios años en Venezuela junto con su familia pues su padre tuvo que residir ahí por motivos de trabajo. La estancia en aquellos trópicos fermentó la sangre y fecundó la tinta artista, y es responsable en buena medida de su originalidad.

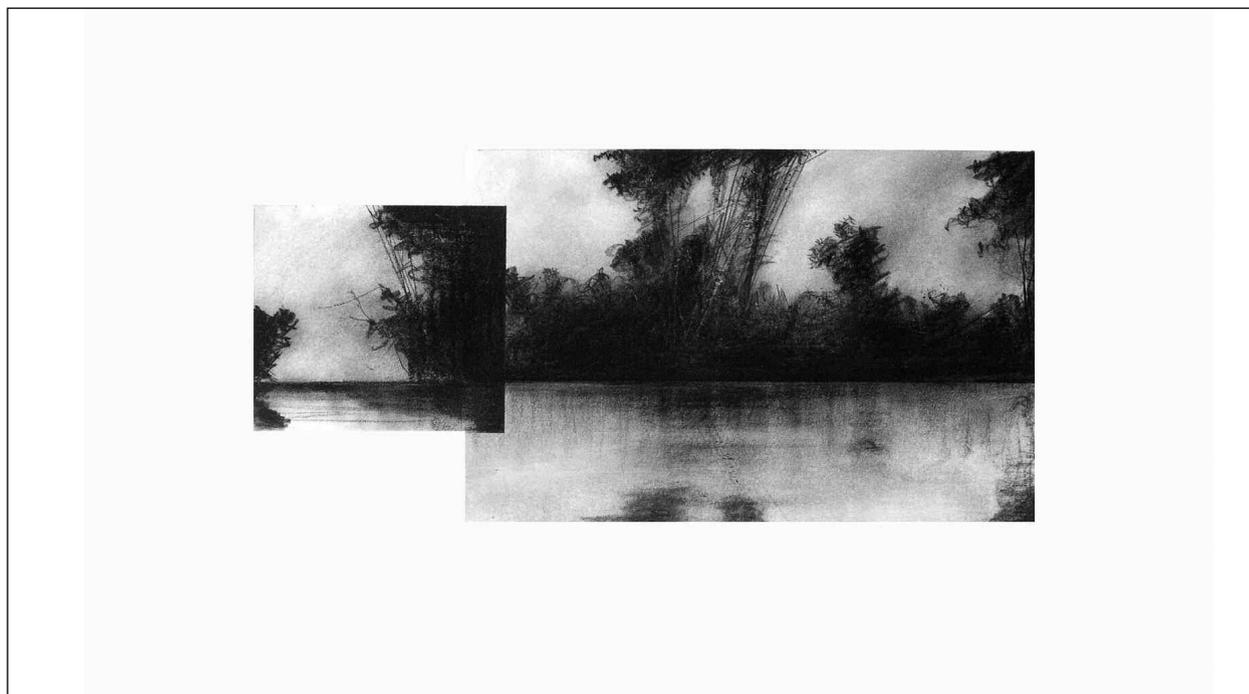
Años después y luego de un prolífico y encarnizado itinerario como pintor y dibujante que anda explorando las posibilidades del cuerpo plástico, Luis Gal pudo regresar a Venezuela y, en particular, al Delta Amacura cuyas insoladas penumbras dejaron en su piel más íntima —la de la sensibilidad— una suerte de velo o tatuaje no tan invisible, suerte de *piercing* o escoriadura de la sensibilidad agitanada entre los ríos.

Al volver a México, luego de aquella residencia en la tierra de las aguas, en la cual fue su guía el immaculado José Balza —tan amigo de la pintura como muchos deltanos despiertos— Luis Gal regresó a México trayendo bajo el brazo una serie —iba a decir un matorral o un bosque— de dibujos, grabados, pinturas y acuarelas en los cuales la reminiscencia y la revelación, la incidencia inédita de la epifanía de la percepción se funden en una serie de imágenes para producir un *cabier du retour au pays natal* o cuaderno de regreso al país nativo o cuaderno de anagnórisis.

Más allá del entusiasmo y de la alegría que produce en el artista el goce intransferible e intransitivo de la creación; más acá de la desolación del que ha sido testigo del nacimiento y la caída de los mejores mundos posibles, subsiste en la obra de Luis Gal una desnudez inapelable, una suerte de encarnizada voluntad fenomenológica para indagar en y desenredar la trama del mundo y de la creación; hay así en sus cuadernos de arbustos, paisajes y caños fluviales una impasibilidad a la vez afectuosa y exigente, suerte de responsable irresponsabilidad en la que el artista transita por la línea quebradiza que separa el cálculo de la gracia, los actos gratuitos de los premeditados uniendo sus filamentos en el ramo de una alta improvisación; y es en el silencio de esa altura improvisada por el oficio una y otra vez ensayado de donde surgen las imágenes cantadas de Gal. Son obras que se elevan como tácitos himnos musitados desde las barcas mustias del lápiz, tinta y papel. Con ellos Luis Gal recorre la urdimbre imantada y silvestre de una creación que parece depender de su puño y trazo para existir. De ahí entonces su condición intemporal —no extemporánea sino en presencia continua—; de ahí su carácter sagrado, alimentado en secreto por la energía discordante de lo terrible que encuentra en la forma las huelgas de la concordia.

VIOLETA ROJO

Entre los amigos que rodeaban al finísimo escritor Oswaldo Trejo estaba Violeta Rojo, una elegante joven de Venezuela cuya información, sagacidad y preciso sentido del humor la distinguen en el paisaje letrado de su país. Es conocida y reconocida por sus trabajos y



© Luis Gal

antologías en torno al género de la “mini-ficción”, etiqueta que me parece ella acuñó y sello del cual ha tratado de desprenderse inútilmente, aunque es innegable que ha sido una de las escasas personas que han estudiado con rigor este género homeopático que podría llamarse —con cierta ironía— el “pinole” literario de nuestros tiempos. También se ha adentrado con perspicacia y soltura en los temas y motivos de la escritura autobiográfica y memorística de Venezuela, en particular en la escrita por mujeres. Tiene algunas otras flores guardadas en su ramillete, pero es su prosa precisa y su vivacidad a veces rotunda y apasionada la que la asienta y hace querida entre sus discípulos y amigos. A ella le debemos algunos mexicanos el conocimiento de la desaparecida librería Soberbia, administrada por las dos señoras Pardo en un barrio de Caracas, donde era posible encontrar pequeñas y grandes maravillas para el ojo bibliófilo.

EL LATIDO DE LA AUSENCIA, ADIÓS
A EUGENIO MONTEJO (1938-2008)

I

A su querida Valencia fue a buscar Eugenio Montejo la última Terredad, lejos del oleaje pavoroso de los rascacielos y cerca del mar que atraviesa su obra elegante y risueña. No era Eugenio un hombre triste del instante: su hora era otra, acaso esa edad profunda llamada por él Terredad, aunque eso no le impedía estar en el momento preciso para extender la mano y ofrecer al amigo un vaso con agua fresca.

Eugenio Montejo traía entre labios una canción antigua, un canto mayor que se disimulaba entre las líneas de su verso.

Destilando al recibir y polinizando al dar, Eugenio Montejo era un domador natural, un maestro amaestrador capaz de educar la hierba indócil y el animal silvestre.

Polinizador, Eugenio Montejo fecundaba cuanto rozaba su aliento y sabía individualizar, dar rostro y nombre a cada rayo de sol, a cada hora.

No maravilla que haya creado una prole de heterónimos, y no sólo por gusto o juego sino por una imperiosa necesidad, un respeto amoroso, en el sentido más fuerte de la palabra, hacia la otredad del otro. Habría que inventar para saludar su des-nacimiento una canción de cuna capaz de levantar al muerto, como en los ritos otomíes mexicanos, para llevarlo a ese despertar infalible.

Él sabía tanto de estas cosas que traer a cuento el libro de los muertos del antiguo Egipto o del remoto Tibet no sería de ayuda para él sino más bien para

nosotros que nos quedamos aquí como mutilados. Pues el maestro de la desnudez y la limpieza que fue Eugenio Montejo nos lleva y llevaba la delantera.

II

Eugenio Montejo, hermano mayor y maestro en el arte de ordenar las palabras y la vida, poeta grande y escritor mayor, acaba de dejarnos.

Vivía la poesía y la escritura con una urgencia íntima y la creación de heterónimos no era en él casual. Hace unos días le envié una página electrónica (www.spacetelescope.org) donde vienen fotografías extraordinarias de galaxias y de estrellas. Pensé en enviárselas pues la obra de Eugenio se abre a una conciencia, diría yo casi física, de la pluralidad de los mundos y de los universos. Desde esa conciencia hay que preguntarse por la forma impecable y amorosa en que fue ordenando y organizando su obra. En los últimos años, tuve la inmensa fortuna de ser su amigo leyente, su cómplice en la conjura del escribir y de leer bien, mi deuda con él no se puede cifrar en palabras sino en música y silencios inteligentes, en acinesia. Pensando en su maestro Blas Coll y en la escuela de los calígrafos quisiera arriesgar a su memoria un epitafio: “Ahora menos”.

III

Al partir Eugenio Montejo nos deja como huérfanos de maestro y de hermano mayor que sabía deletrear el “alfabeto del mundo” y descifrar las cantidades de la luz imantadas por el lenguaje de la tierra.

Su pérdida la viviremos muchos como una suerte de mutilación. Por fortuna, nos enseñó a través de su obra la gracia y la levedad de vivir y escuchar las músicas disonantes del ser. Su uso pulcro y límpido del castellano, su atención inteligente nos recordarán siempre que estamos ante un gran señor de la lengua y de la cultura. No le faltarán reconocimientos, pero quizás el mayor sea el de ese susurro amoroso que enlaza la condición adorable de su persona —de su buena persona— con la fuerza de una obra escrita valiente, desafiadamente a contrapelo del mundo y su siglo al que sabía decir adiós.

Geometría de las horas es el título que lleva la primera antología de su obra que tuve la fortuna de preparar en su compañía. Aprendí con Eugenio Montejo muchas lecciones pero sobresale una: la de la necesidad de celebrar con rigurosa alegría las fiestas. Y la muerte es, en cierto modo, una fiesta, un fúnebre fasto, ¿cómo aprender de nuevo el arte sagrado del balbuceo que sólo se da a orillas del abismo que, con su ausencia, se vuelve a abrir ante nosotros? ■